

MOZART Y SHOSTAKOVICH* III

MARIO LAVISTA

Miembro de El Colegio Nacional

En el programa del pasado martes, escuchamos el tercer cuarteto de cuerdas de Shostakovich, escrito en 1946. Hoy el Cuarteto Latinoamericano nos ofrece el octavo, compuesto en 1960, y dedicado, al igual que el séptimo, “a la memoria de las víctimas del fascismo”. La dedicatoria complació tanto a las autoridades soviéticas que le dieron a la obra una gran publicidad, sin sospechar siquiera que la dedicatoria era en buena



Shostakovich con sus alumnos en el Conservatorio de Leningrado, 1943.

* Texto leído en el recital que ofreció el Cuarteto Latinoamericano, el 14 de septiembre de 2006, en el Aula Mayor de El Colegio Nacional.

medida un disfraz para engañar a un régimen para el cual el Realismo Socialista en el arte constituía la única vía correcta y aceptable. Cualquier intento de individualismo y subjetividad estaba estrictamente prohibido, y en consecuencia la obra que tuviese a juicio del Partido Comunista este tipo de deficiencias ideológicas era condenada y clasificada como arte degenerado y burgués. No cabe duda de que fueron las circunstancias políticas y sociales de la Unión Soviética las que llevaron a Shostakovich a tener que convertirse en una especie de músico bilingüe y en consecuencia a tener que desarrollar dos lenguajes diferentes: uno tradicional y de carácter extrovertido dirigido a un público numeroso, y otro más elaborado, audaz y sofisticado en sus medios de expresión. Es esta última la lengua con la que suele hablar en sus cuartetos de cuerda, un género por otra parte menos expuesto a los ojos y oídos censores del Partido Comunista.

En relación al Cuarteto núm. 8, habría que señalar que a pesar de la dedicatoria y sin duda de la sinceridad de Shostakovich al ofrecerla, la obra es en realidad una suerte de autobiografía musical del compositor. De ahí, las numerosas citas de obras anteriores, como la ópera *Lady Macbeth* —que sufrió la censura de Stalin—, y las sinfonías primera y quinta. Está también la cita de una conocida canción popular rusa del siglo XIX, cuyo título se traduce casi siempre como “Atormentado por la falta de libertad”, canción que el compositor hace acompañar de motivos melódicos basados en las notas que forman las primeras letras del nombre de Dimitri Shostakovich. Aquí, habría que aclarar que Shostakovich eligió la ortografía alemana para su apellido, el cual se escribe con S, C y H, mientras que en español se suele escribir con S y H. Si añadimos la primera letra de Dimitri, tenemos las letras D, S, C y H, que corresponden de acuerdo a la terminología musical alemana a las notas Re, Mi bemol, Do y Si. Son estas cuatro notas las que recorren el octavo cuarteto.

El empleo constante, y en ocasiones obsesivo, de esta suerte de anagrama musical, es para Shostakovich una afirmación del yo individual. No es coincidencia que aparezca, creo que por primera vez, en su Décima Sinfonía, compuesta significativamente en el año de 1953, pocos meses después de la muerte de Stalin. A partir de ese año, las notas D, S, C y H, es decir, Re, Mi bemol, Do y Si, estarán presentes en buena parte de su producción.

El Cuarteto núm. 8 lo estrenó en Leningrado, y con gran éxito, el Cuarteto Beethoven, un grupo ruso a pesar del nombre, que estrenó todos los cuartetos de Shostakovich, a excepción del primero y el último, y cuyos integrantes fueron amigos cercanos del compositor. Es uno de los cuar-



Clavecín y fortepiano de Mozart, Salzburgo.



Mozart, 1789, óleo de Joseph Lange.

tetos más bellos e intensos de Shostakovich, y una de sus obras más personales e íntimas, sin que esto quiera decir que carece de fuerza y vigor.

De Mozart escucharemos en la parte inicial del concierto el primero de una serie de seis cuartetos de cuerda conocidos como “Cuartetos Vieneses”, escritos durante los meses de agosto y septiembre de 1773. Mozart tiene 17 años y emprende la composición de estas obras bajo el impacto de los llamados “Cuartetos del Sol” de Joseph Haydn.

Sabemos por su correspondencia que Mozart reconoció siempre haber aprendido de Haydn a escribir cuartetos de cuerda, un género instrumental que en esos años empezaba apenas a surgir y desarrollarse. Pasaría algún tiempo antes de que se convirtiera en una agrupación musical única e independiente, y en la cual los cuatro instrumentos desempeñan un papel igualmente importante.

En los “Cuartetos del Sol” de Haydn y en los “Vieneses” de Mozart hay aún una cierta tendencia a otorgarle al violín primero un papel protagónico en detrimento de los otros tres instrumentos, cuyo desempeño se asemeja más al de un actor de reparto que se comporta de manera discreta y por lo general en un segundo plano. Esta situación cambiaría nueve años después, en 1782, cuando Haydn publica una serie de seis cuartetos, llamados “Cuartetos Rusos” por estar dedicados al Gran Duque Pablo de Rusia. Con estos cuartetos Haydn inaugura, según sus propias palabras, “una manera particular y nueva de escritura”. En sus manos el cuarteto de cuerdas se convierte en un género musical autónomo, en el cual las jerarquías son abolidas y, por tanto, los cuatro instrumentos pueden finalmente entablar un imaginativo e inteligente diálogo musical. Mozart escuchó con asombro y admiración los “Cuartetos Rusos” de Haydn, y comenzó a escribir sus mejores obras dentro de este maravilloso e inigualable género instrumental.

En la segunda parte del concierto escucharemos el primero de los tres cuartetos llamados “Prusianos”, compuesto en Viena en 1789 para el Rey de Prusia Friedrich Wilhelm II, amante de la música y entusiasta chelista amateur. De ahí, el papel tan importante que por momentos desempeña el violonchelo en estas tres obras. Señalo de paso que estos tres cuartetos de cuerda son los últimos que escribió Mozart y que ese mismo año compuso, entre otras obras, el bellísimo Quinteto para clarinete y cuarteto de cuerdas, dos espléndidas sonatas para piano, varias arias de concierto y esa joya del arte escénico que es la ópera *Così fan Tutte*. Dos años después Mozart moría poco antes de cumplir 36 años.

Este año en el que celebramos los 250 años de su nacimiento, se ha publicado una abundante cantidad de estudios, artículos y ensayos. Hay en todos ellos un asombro, que raya por momentos en la incredulidad, ante lo inexplicable y milagroso de su obra. Mientras más la conocemos, mientras más la escuchamos, más nos sorprende y más la amamos. ¡Qué misteriosa es la música de Mozart! ha escrito el chelista y director de orquesta Nikolaus Harnoncourt, una de las máximas autoridades mozartianas. Habría que añadir que el verdadero misterio está también en Mozart mismo, en su inagotable inventiva y fantasía, en su inmenso talento musical. Bien puede afirmarse que, junto con Bach, no ha habido en la historia de la música un talento superior al de Mozart. Su música es una de las más portentosas creaciones del espíritu y uno de los grandes libros del corazón humano. Frecuentar la obra de este músico de músicos es conocer y habitar un arte que nos ofrece la esencia misma de la música.

Pero es tiempo ya de dar paso a la música. No me queda sino dar la más cordial bienvenida a esta Aula Magna de El Colegio Nacional al espléndido Cuarteto Latinoamericano. Es un privilegio escucharlos de nuevo esta noche.